

SENTIDO RELIGIOSO EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

GABRIEL DE ARMAS.

“Tú si eres grande,
España romanesca y luminosa;
tú eres la Fe que el corazón expande;
tú la Esperanza que en la Fe reposa;
y tú, la Caridad que por doquiera
va prodigando su alma generosa.
Grande fue tu ideal, grande tu sueño:
tan grande fuiste en la cristiana era,
que el mundo antiguo resultó pequeño
y para tí se completó la Esfera.”

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

I

Maurice Legendre, en su *Semblanza de España*, tiene un capítulo dedicado a los santos españoles. Al hablar de San Juan de la Cruz, afirma: “... no existe pensamiento más universal que el suyo, y, si cabe encontrar a dicho pensamiento cierto sabor original es con la condición de agregar que una de las mayores originalidades de España ha sido expresar lo universal con anterioridad a los demás” (1).

Giovanni Papini, el turbulento florentino que aceptó la vida porque es más dolorosa que la muerte (2), en su obra *Los operarios de la viña*, destina el capítulo V a estudiar la figura de San Ignacio de Loyola. Papini, como es natural, proyecta sobre ella las relampagueantes fulguraciones de sus voluptuosas genialidades. Según él, “... San Ignacio, por su naturaleza y por

(1) Legendre, Maurice: “Semblanza de España”. E. P. E. S. A. Madrid, 1944; págs. 241-242.

(2) Papini, Giovanni: “Un hombre acabado”. Mateu, Barcelona, 1961; pág. 267.

la misión que eligió, es, en cierto sentido, el más absolutamente católico de los santos" (3).

Monseñor Cicognani, Nuncio del Papa en España, pronunció el 11 de octubre de 1943, en la inauguración del Seminario Hispanoamericano de Navarra, un discurso sobre la obra de España en América. Con claro acento de persuasión, proclama que "en esta portentosa empresa de conquista y colonización resplandecieron y se afirmaron sublimemente tres grandes ideales: un ideal religioso, un ideal de humana y cristiana fraternidad y un ideal de cultura" (4).

Federico D. Wilhelmsen, catedrático de la Universidad de Dallas, en *El problema de Occidente y los cristianos*, asegura que "el mundo tendrá que volver al derecho internacional, una ciencia netamente española" (5).

Karl Vossler, Rector que fue de la Universidad de Munich, en un importante estudio sobre *Fray Luis de León*, manifiesta: "España, el país al que se ha querido negar todo Renacimiento, demuestra en su fe, en su poesía popular, en todas las artes y ciencias, lo mismo que en sus costumbres, una tradición tan fuerte y tan persistente, en continua renovación, como ninguna otra nación en Europa" (6).

Pío XI, el Papa con nombre de águila, conocía a fondo la Historia de España. No en balde, antes de ocupar el solio pontificio había sido prefecto de la biblioteca vaticana, en cuyos archivos obtuvo datos de primera mano. El 3 de junio de 1933 publicó una encíclica acerca de la situación de la Iglesia en España, *Dilectissima nobis*, al parecer un tanto olvidada. El primer

(3) Papini, Giovanni: "Los operarios de la viña". Ediciones FAX, Madrid, 1942; pág. 60.

(4) Terradas Soler, Juan: "Una epopeya misionera". E. P. E. S. A. Madrid, 1962; pág. 95.

(5) Wilhelmsen, Federico D.: "El problema de occidente y los cristianos". Publicaciones de la Deleg. Nac. del Requeté. Sevilla, 1964; pág. 193.

(6) Vossler, Karl: "Fray Luis de León". Austral, 1960. Tercera edición; pág. 73.

párrafo es ya toda una valiosísima atestación. Dice así: "Siempre nos fue sumamente amada la noble nación española por sus insignes méritos para con la fe católica y la civilización cristiana, por la tradicional y ardentísima devoción a esta Santa Sede Apostólica y especialmente por sus grandes instituciones y obras de apostolado, pues ha sido madre fecunda de santos, de misioneros y de fundadores de ínclitas Ordenes religiosas, gloria y apoyo de la Iglesia de Dios" (7).

He aquí algunos testimonios, casi tomados al azar, coincidentes sobre la índole universalista del carácter hispánico y de nuestro acontecer histórico. De propósito, ninguno de ellos español.

Pues bien; tales testimonios y otros muchísimos que podríamos aducir —y que invocaremos a lo largo de este estudio— parecen contradecir cuanto se ha alegado y escrito acerca del talante particularista e indisciplinado del pueblo español, transido todo él de un radical individualismo celtibérico, opuesto a cualquier empresa de signo comunitario...

Es, pues, justo que nos preguntemos: ¿existe realmente contradicción? Si no existe, ¿cómo pueden cohonestarse ambas posiciones? En definitiva: ¿somos individualistas o somos universalistas?

García Villada, en su precioso ensayo *El destino de España*, nos habla de la universalidad y, a la vez, del particularismo del carácter español. El los ve representados en Don Quijote y en Sancho Panza, respectivamente. Lo cierto es que, en ocasiones, hemos sido universalistas; pero en ocasiones también hemos caído en el más aberrante de los particularismos. Ahora, ¡por favor!, no atribuyamos este balanceo pendular de categorías contradictorias a flujos y reflujos de ciegos y fatales determinismos históricos, no. Sabemos, con García Morente, que "la Historia es algo que ninguna ley de la naturaleza predetermina. El hom-

(7) Pío XI: "Dilectissima nobis". Colección de encíclicas y documentos pontificios. Madrid, 1964. Tomo I; pág. 129.

bre la hace libremente al hacer su propia vida" (8). Ni debemos olvidar, por otra parte, que el entramado de la Historia, como nos dice Lacordaire, tiene su principio en la doble acción de la Providencia Divina y de la libertad humana (9). ¿También de la libertad humana? Evidentemente. Atendamos a Berdiaeff cuando escribe a este respecto: "Sin la libertad espiritual del hombre, considerada como un principio fundamental autónomo y que no depende siquiera de la Libertad Divina, ni del Divino Destino (como principio irracional inexplicable), sin esa libertad no podría haber Historia Universal alguna" (10). Porque somos libres somos responsables ante Dios y ante la Historia. Y porque somos responsables, a causa de nuestra libertad, tendríamos que meditar muy seriamente este profundo texto del gran Donoso Cortés: "En el anchísimo campo de la Historia no hay semilla que no fructifique; todas están al abrigo de los vientos y de los huracanes; en este campo fertilísimo nadie recoge sino lo que siembra, pero todo lo que se siembra se recoge" (11).

Nosotros, españoles, hemos sido universalistas y particularistas. Bien. ¿Cuándo lo uno y cuándo lo otro? Tengo para mí que todo ha dependido del ideal que ha iluminado nuestro quehacer histórico en cada concreta singladura...

No le demos vueltas. Siempre serán los principios la fuerza propulsora de las acciones humanas. "Cuando se ha proclamado un principio —escribe Balmes— no es tan fácil como algunos creen el atajar las consecuencias; la lógica es muy poderosa en el orden de los hechos como en el orden de las ideas" (12). Para

(8) García Morente, Manuel: "Idea de la Hispanidad". Espasa-Calpe, S. A. Tercera edición. Madrid, 1947; pág. 32.

(9) Lacordaire: "Discursos y cartas". México D. F., 1935; página 105.

(10) Berdiaeff, Nicolás: "El sentido de la Historia". Editorial Araluce, Barcelona, 1936; pág. 47.

(11) Donoso Cortés, Juan: "Bosquejos históricos», en Obras completas de la B. A. C. Madrid, 1946; pág. 156.

(12) Balmes, Jaime: "Escritos Políticos", en Obras completas de la B. A. C. Madrid, 1950. Tomo IV; pág. 572.

Monseñor Segur, "lo que hace tan vulnerable a la sociedad moderna es la falta de principios" (13).

Ello quiere decir que a nobles ideales, de seguro corresponderán realizaciones magnánimas. Mientras que a ideales mezquinos y truncos, raquíticos y sin horizontes, sucederán realizaciones míseras, sin trascendencia alguna. O tal vez peor, con trascendencia negativa. Cada hombre —creo que esto es claro— puede ser un santo o un perverso; un ángel o un demonio. Pero nadie ascenderá a las impolutas cumbres de la santidad sin antes haber sentido en la interioridad de su alma, como una idea preferente, estimuladora de la voluntad, la invitación amorosa de Cristo: "Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto" (14).

Y erran quienes crean ingenuamente que un programa es un lujo vano del que puede prescindirse a capricho. Es, por el contrario, una fuerza operante que, aunque la precede, va unida, ontológica y entrañablemente, a la acción. El ideal es entrega, como afirmó Goethe con precisión severa. No es, pues, extraño que aquellos que carecen de ideal no encuentren móviles adecuados y suficientes para vivir.

"Siempre será verdad —dejó escrito el Cardenal Gomá en *Horas graves*— que el pensamiento manda. A la etapa puramente intelectual de la idea sigue siempre el período de proselitismo; y si con él se llega a la conquista de una porción considerable de las masas, la idea encuentra fácil acceso al poder político" (15).

Demasiado tiempo sostuvo la psicología experimental que la voluntad humana se fortalece con la repetición continuada de las acciones simples. Fue Lindworsky quien deshizo el equívoco. Ciertamente que escogió el camino más difícil y espinoso para el edu-

(13) Segur: "La Revolución". Madrid, 1867. Cuarta edición; pág. 6.

(14) Math. V, 48.

(15) Gomá y Tomás, Isidro: "Horas graves", en "Antilaicismo". Casulleras. Barcelona, 1935. Tomo I; pág. 254.

cador; pero logró levantar todo el edificio pedagógico sobre la importancia de los motivos (16).

¡¡Los motivos!! ¡¡Los motivos!!

He aquí la clave para resolver atinadamente la razón de nuestra grandeza histórica y de nuestra decadencia. Cuando por motivos espirituales nos apiñamos en torno a la defensa de un ideal ecuménico, nuestro individualismo se trocó en comunitarismo fraterno. Se hizo entrega, caridad política y social. Pero cuando esos motivos espirituales cedieron ante el empuje pasional de señuelos hedonistas y nos embarcamos en empresas de cuño puramente material, el particularismo español vino, de nuevo, a hacer acto de presencia y a presidir el triste declinar de España.

Estamos identificados con Cambó cuando dijo: "Es un intento maldito querer vincular España en una de sus zonas. España ha sido grande cuando ha tenido ideas superregionales, tal como sucedió en los tiempos en que defendió el catolicismo de las acometidas de la Reforma. Entonces, con un ideal, España fue una gran potencia" (17).

Fue, pues, el ideal quien nos hizo y nos hizo grandes.

Nos recuerda Menéndez y Pelayo, en el famoso epílogo de su monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, nuestra absoluta carencia de elementos naturales necesarios para constituir una nación: "Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma..." (18).

(16) Lindworsky, Juan: "El poder de la voluntad". Mensajero del C. de Jesús. Bilbao, 1950; pág. 60.

(17) García Villada, Zacarías: "El destino de España en la Historia Universal". Cultura Española. Madrid, 1936; pág. 218.

(18) Menéndez y Pelayo, Marcelino: "Historia de los Heterodoxos Españoles". Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1948. Tomo VI; pág. 505.

Tal circunstancia es registrada, con idénticos conceptos, entre otros, por Balmes, por García Villada, por Aparisi y Guijarro y por García Morente...

García Villada rememora el paso por el territorio hispánico "de fenicios, griegos, cartagineses, romanos, bizantinos, vándalos, alanos, suevos, visigodos y sarracenos; pueblos todos que han dejado su impronta en nuestro tipo, en nuestro carácter, en nuestras costumbres, en nuestra ideología y en nuestra cultura material, jurídico-social e intelectual" (19).

Aparisi y Guijarro insiste en que "nunca la unidad religiosa fue más útil a un país que a la España, donde faltan a la vez casi todas las demás condiciones de unidad social, y la configuración del territorio es el mayor de los obstáculos a la unidad política" (20).

Balmes expone: "... nada encontraréis —en la Historia de España— que sea general, uno, capaz de formar un espíritu de nacionalidad sino la religión" (21).

Y García Morente hace notar —en coincidencia con todos ellos— "la particularidad geográfica de la Península, tan llena de diversidades, de singularidades, de contrastes" (22).

II

¿Cuál fue entonces la Idea-Bien o el ideal que, además de unificar a este pueblo de aluvión, que es España, dio al ser hispánico proporción universalista y ecuménica? Yo diría, sin dudarle un momento, que se trata, ante todo y sobre todo, de un ideal de caridad cristiana. En una enjundiosa y brillante in-

(19) García Villada, Zacarías: *Obra cit.*, pág. 12.

(20) Aparisi y Guijarro, Antonio: "Del principio cristiano en España como elemento de su nacionalidad", en *Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro*. Madrid, 1873. Tomo III; pág. 40.

(21) Balmes, Jaime: "Obras completas de la B. A. C.". Tomo V; página 773.

(22) García Morente, Manuel: *Obra citada*; pág. 208.

troducción a su obra *Acción de España en América*, Florentino Pérez Embid ha dicho: "Frente a las valoraciones puritanas, la mentalidad católica —de que estaba firmemente empapado el humanismo clásico español— genera y generó una conciencia colectiva de responsabilidad ante Dios y una *caridad* hacia el semejante, de las cuales nació aquel admirable esfuerzo por desarrollar la acción en Indias, no sólo con eficacia o con lucro lícito, sino, sobre todo, con arreglo a recta conciencia" (23).

Precisemos, pues. España, en sus mejores tiempos, vivió una fe teocéntrica; no antropocéntrica. Y no hay fe teocéntrica, si es verdadera, que no se vuelque en caridad fraterna; en comunicación de servicio y amor al semejante. En su *Defensa de la Hispanidad*, Ramiro de Maeztu dejó escrito en frase lapidaria: "La fraternidad de los hombres sólo puede fundarse en la paternidad de Dios" (24). Abundando en esta idea, Pablo VI nos ha adoctrinado recientemente con su autorizada palabra de Pastor Supremo: "... debemos recordar siempre que el principio del amor al prójimo es el amor de Dios. Quien olvidase la razón por la cual debemos llamarnos hermanos de los hombres, a saber, la común paternidad de Dios, podría, en un momento dado, olvidarse de los deberes gravísimos de tal fraternidad y podría descubrir en el propio semejante, no ya a un hermano, sino a un extraño, un rival, un enemigo" (25).

Tenemos la firme convicción de que España, lejos de olvidarla, la tuvo presente en sus mejores empresas. Nuestro ideal fue de servicio. Y al servicio de este ideal sacrificamos nuestros superiores afanes. Bien lo comprendió Karl Vossler al escribir: "Aquel que estudia a los españoles en los museos y en los libros, separados completamente de la idea al servicio de la cual se

(23) Pérez Embid, Florentino: Introducción a la obra "Acción de España en América", en colaboración con Francisco Morales Padrón. Editorial AHR, Barcelona, 1958; pág. 29.

(24) Maeztu, Ramiro de: "Defensa de la Hispanidad". Tercera edición. Valladolid, 1938; pág. 132.

(25) Pablo VI: Alocución de 10 de julio de 1968. "Ecclesia", número 1.319.

crearon sus obras, no será capaz de entenderlos ni de encontrar ningún criterio firme con el que pueda apreciarlo de una manera definitiva" (26).

España entera respaldó con su ejemplo lo que nos había de enseñar el P. Bover en su *Teología de San Pablo*: "La fe, al contemplar el amor del Redentor, se transforma en caridad; doble caridad: hacia el Redentor y hacia los demás redimidos. Y la caridad florece y fructifica en obras de justicia. Tal es el proceso genético, según San Pablo, de la ascética cristiana, de la justicia en Cristo" (27).

No deja de ser curioso, sin embargo, que Ramiro de Maeztu, un espíritu tan perspicaz y profundo, se dejara escapar el sentido caritativo del ideal hispánico al describirlo en su *Defensa de la Hispanidad*. Según él, el humanismo español es de origen religioso y consiste en creer en la igualdad específica y sobrenatural del hombre (28). Luego, añade: "Este espíritu esencial de igualdad no quiere decir que la virtud característica de los españoles sea la caridad, aunque tampoco creo que nos falte" (29). Más adelante, afirma: "Es posible que los padecimientos de España se deban, en buena parte, a haberse ocupado demasiado de los demás pueblos y demasiado poco de sí misma" (30).

Yo pregunto: ¿no es ésta precisamente la máxima caridad? ¿Puede pedirse más que olvidarse de sí propio para ofrecerse, en cuerpo y alma, con entereza y vigor cristianos, a la salvación de los demás? ¿Hay algo más sublime que dejar de vivir para uno y entregar no el don, sino entregarse? Toda la Historia de España está transverberada por la "idea-fuerza" de la salvación universal en Cristo. Sus episodios más representativos tienen

(26) Vossler, Karl: "Trascendencia europea de la cultura española", en "Algunos caracteres de la cultura española". Austral, 1962. Cuarta edición; pág. 135.

(27) Bover, José María: "Teología de San Pablo". B. A. C. Madrid, 1946; pág. 865.

(28) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 67.

(29) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 79.

(30) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 85.

sus raíces en los íntimos penetrales de una trascendental economía de salvación. Por eso, el propio Maeztu pudo escribir, clarividente, "que la misión histórica de los pueblos hispánicos consiste en enseñar a todos los hombres de la tierra que si quieren pueden salvarse, y que su salvación no depende sino de su fe y su voluntad" (31).

Esta misión histórica —insistimos—, verdadera cruzada de cooperación a la economía salvífica del Hijo de Dios hecho hombre, es esencial y eminentemente caritativa...

España, dígame lo que se dijere, se esforzó por salvar almas... ¿Y qué es salvar almas? Es, sencillamente, como ha dicho Gar-Mar en *Sugerencias*, con bello lenguaje y atrevidos conceptos, "recoger del suelo diamantes caídos de la corona de Dios; es estremecer de alegría el corazón de los ángeles; es hacer más gloriosa la pasión de Cristo. Salvar almas es más que crearlas, es más que conservarlas, es más que redimirlas" (32). Sólo desde este punto de vista puede justificarse y se justifica la famosa frase de López de Gómara: "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias" (33).

El año 1852 realizó un viaje por el norte de España el eminente intelectual y catedrático francés Federico Ozanam. Ozanam fue el creador de las famosas conferencias cuaresmales de Notre Dâme de París y fundador también de las no menos famosas conferencias de San Vicente de Paúl, institución de caridad y de ayuda a los menesterosos. Ozanam vivía en buen olor de caridad. Este viaje suyo quedó plasmado en una bella obrita

(31) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 86.

(32) Gar-Mar: "Sugerencias". Christus, Madrid, 1935. Tercera edición; pág. 78.

(33) La frase de López de Gómara la cita Menéndez Pidal en su conferencia "La moral en la conquista del Perú y el inca Garcilaso de la Vega", inserta en la obra de la colección Austral "Seis temas peruanos", 1960; pág. 19. También la invoca García Villada en su obra citada; página 102. Y asimismo Julián Juderías en su obra "La leyenda negra", Editora Nacional, Madrid, 1967; pág. 79.

titulada *Una peregrinación al país del Cid*. En su pormenorizada descripción del Monasterio de las Huelgas, Ozanam enuncia: "Aquí es preciso reconocer uno de los caracteres de la España católica: la caridad al lado de la grandeza. El Cid aplastó a los sarracenos, pero hizo sentar a un leproso a su mesa, acostándole en su propio lecho. Las abadesas de las Huelgas reinan tras las rejas que no se abren sino para las cabezas coronadas; pero las puertas de su hospicio jamás se cerraron para los pobres" (34).

Repitamos, hasta la saciedad, que este ideal nació en España de una inflexible fe cristocéntrica. Fe trascendente; no inmanente. Fe objetiva; no subjetiva. Fe misionera; no narcisista. Fe expansiva; no replegada. Fe de conquista y defensa a la vez. Fe de conservación y de amplia apertura ecuménica al mismo tiempo. Fe teologal, que busca el amor del prójimo por Dios. Fe, cuya profundización y estudio ha podido inspirar a un historiador imparcial como Karl Vossler las siguientes frases que suscribiría el español más enamorado de su patria: "... esta propensión a lo trascendente y a la aversión por lo inmanente fue lo que capacitó al español para romper el estrecho marco de la vida medieval europea, para vencer el particularismo de los señores feudales, de las ciudades y de los gremios, de los cismáticos y de los individualistas, descubrir nuevos países, dar la vuelta al mundo y unir a innumerables pueblos de distintas razas e idiomas en un inmenso imperio universal católico, que se concretaba en: un Dios, una Fe y un Imperio" (35).

Implícita o explícitamente, han reconocido siempre este ideal los pensadores hispánicos más representativos. Sobre todo, aquellos que vieron en la tradición un fundamento esencial del progreso y en la Historia una lección permanente de vida para el futuro...

Así, Menéndez y Pelayo brinda "por la fe católica, que es el

(34) Ozanam, Antonio Federico: "Una peregrinación al país del Cid". Austral, 1950; pág. 48.

(35) Vossler, Karl: Obra citada; pág. 127.

substratum, la esencia y lo más agradable y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte" (36), a la vez que llama a España "evangelizadora de la mitad del orbe" (37).

García Villada afirma que el destino de España "está concretado en la defensa y propagación del Reino de Cristo sobre la tierra, que es la Iglesia Católica" (38).

Ramiro de Maeztu señala que "lo mismo los reyes, que los preladós, que los soldados, todos los españoles del siglo XVI parecen misioneros" (39).

García Morente observa que "la primera —y quizá la única— política mundial que aparece en la Historia humana es la política española del siglo XVI... porque la esencia misma del alma hispánica destinaba providencialmente a España a ser la primera en practicar esa política" (40).

Vázquez de Mella se goza porque "hemos recibido los destinos más altos de la Historia como galardón y premio a nuestra fe" (41).

Aparisi y Guijarro pone de relieve que "la Iglesia ha hecho especialmente esta España, y por eso España es el pueblo que más grandes cosas y maravillas ha obrado debajo del cielo" (42).

Donoso Cortés registra que es "un hecho social indestructible la existencia en España del principio religioso como principio dominante" (43).

(36) Menéndez y Pelayo, Marcelino: "Brindis del Retiro" inserto en "La España de Menéndez y Pelayo", de Miguel Artigas. Antología, Zaragoza, 1938; pág. 146.

(37) Menéndez y Pelayo, Marcelino: "Historia de los Heterodoxos"; tomo citado; pág. 508.

(38) García Villada, Zacarías: Obra citada; pág. 50.

(39) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 124.

(40) García Morente, Manuel: Obra citada; pág. 225.

(41) Vázquez de Mella, Juan: "Obras Completas". Subirana, Barcelona, 1932. Tomo XIV; pág. 251.

(42) Aparisi y Guijarro, Antonio: "Antología". Selección y prólogo de Vicente Genovés. Segunda edición. Madrid, 1953; pág. 160.

(43) Donoso Cortés, Juan: "Obras Completas". B. A. C., 1946. Tomo I; pág. 485.

SENTIDO RELIGIOSO EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Don Andrés Majón escribe que el catolicismo ha sido para España "el alma de su alma, la clave de su Historia, la base de su moral y el ideal más influyente y poderoso de su patriotismo" (44).

Julián Juderías subraya que España persiguió siempre una "idea generosa y civilizadora, idea de igualdad y de justicia" (45).

El Cardenal Gomá manifiesta que "por lo que a la Hispanidad toca, el pensamiento católico es la savia de España" (46).

Balmes constata que en España "el principio religioso adquirió desde luego tanta pujanza y predominio, que lo sometió todo a su acción, creando una sociedad enteramente nueva y conforme, en cuanto lo permitían los tiempos, a la enseñanza de la religión cristiana" (47).

Sardá y Salvany enaltece la fe del pueblo español que "más que la de otro alguno, puede, en efecto, llamarse con toda propiedad fe militante" (48).

Constantino Bayle expresa que en la hispanización de América "lo maravilloso, lo único, lo que pasma, es que el "ideal" se sobrepuso aun en los aventureros de más baja estofa, y purificó las escorias; y la conquista, mirada desde arriba, en conjunto, fue empresa de evangelización y de real servicio, como si otra cosa no hubieran pretendido sus héroes" (49).

El P. Monsegú precisa que "si se prescindiera del ideal religioso, que a todos les movía, y de la fe que les daba aliento,

(44) Manjón, Andrés: "Edición Nacional de las Obras Selectas". Patronato de las Escuelas del Ave-María. Madrid, 1949. Tomo VIII; pág. 383.

(45) Juderías, Julián: Obra citada; pág. 151.

(46) Gomá y Tomás, Isidro: "Antilaicismo", ya citada; pág. 45; tomo II.

(47) Balmes, Jaime: "Obras Completas de la B. A. C.". Tomo V; pág. 772.

(48) Sardá y Salvany, Félix: "Año Sacro". Ramón Casals, Barcelona, 1954. Tomo II; pág. 189.

(49) Bayle, Constantino: "Santa María en Indias". Apostolado de la Prensa, Madrid, 1928; pág. 73.

no es posible hallar nada en común, ni trabazón segura, entre las partes heterogéneas que componían la comunidad española. Esta comunidad no tenía de común nada más que el espíritu hecho fe y tradición" (50).

III

¿Es posible —cabe preguntarse— que este extraordinario florilegio de exaltación hispánica sea producto exclusivo de un exacerbado patriotismo, difícil de conjugar con la objetividad real del testimonio de la Historia? No. Es un hecho constatable que la moderna crítica histórica más discernidora y exigente conforma sus conclusiones con aquellas a que había llegado el pensamiento tradicional de España.

Es palpable, como afirmó el Cardenal Cicognani, que "cada legajo que se desempolva en el grandioso Archivo de Indias es una nueva apología de la labor cristianamente civilizadora de España en América" (51). E incuestionable, además, que las investigaciones, cada vez más estimativas y decantadas de propios y extraños, se pronuncian hoy con un veredicto favorable a la labor universalista de España en el mundo, a la vez que apagan, con las aguas puras de la verdad, los últimos rescoldos del mito de la leyenda negra, cuyas llamas sólo pudieron alimentarse de los infectos residuos que le suministró la mentira, hija de Satanás... (52).

Es para nosotros de suma importancia que la vocación ecuménica de España, apoyada constantemente en la Idea-Bien de fraternidad teológica, de amor al prójimo en Dios, por Dios y para Dios, haya sido objeto de las más cálidas alabanzas y de las más cordiales bendiciones por el Pontificado romano.

(50) Gómez Monsegú, Bernardo: "El Occidente y la Hispanidad". Cultura Hispánica, Madrid, 1949; págs. 137-138.

(51) Cardenal Cicognani, citado por Terradas en su obra "Una epopeya misionera"; pág. 101.

(52) Jn. VIII, 44.

El año 1962 publicaba el P. Terradas su obra *Una epopeya misionera*, a la que ya nos hemos referido anteriormente. ¿Qué importancia vienen a tener los viejos y manidos tópicos de Buckler y Draper, repetidos luego por Carminati, Hausen y demás compañeros de viaje? Si España cumplió o no dignamente con la misión universal que la Providencia le señaló en la Historia, nos lo va a decir palmariamente, con su inapelable autoridad, el más alto tribunal del mundo: el Pontificado romano.

Terradas, como San Agustín en la cuestión pelagiana, da un corte definitivo a toda discusión, para gritar cara al mundo, como un iluminado: "Roma locuta est, causa finita est".

Nosotros, orientados y conducidos por Terradas, vamos a analizar lo que dijeron, al respecto, los Papas del descubrimiento, en una fecha que oscila entre 1492 y 1525. Veremos lo que opinaron los Papas de la colonización, comprendidos entre 1525 y 1825. Y, finalmente, estudiaremos el parecer de los Papas posteriores a la desmembración de América hasta nuestros días; es decir, desde 1825 hasta 1968, en que Pablo VI, siguiendo "las huellas de la Hispanidad" (53), puso una apoteosis de júbilo en Colombia, tierra donde España dejó "en preciosa herencia su fe y su cultura" (54).

Alejandro VI (1492-1503) dona, por la Bula "Inter caetera", a los reyes de Castilla las tierras descubiertas y por descubrir de América. ¿Con qué objeto? El de que conviertan, mediante el auxilio de la divina misericordia, a sus habitantes y moradores a la fe católica. Y ello, porque supo el Papa que, desde hacía tiempo, los Reyes Católicos buscaban anhelantes descubrir tierras remotas y desconocidas "con el fin de reducir sus habitantes y moradores al culto de nuestro Redentor y a la profesion de la fe católica" (55). Aspiración ésta de los reyes de Castilla que aclara y refrenda el testamento de Isabel la Católica y que se reflejará en todas las Leyes de Indias, cuyas 6.336 disposiciones

(53) Pablo VI: "ABC" de 25 de agosto de 1968.

(54) Pablo VI: "ABC" de 23 de agosto de 1968.

(55) Terradas: Obra citada; pág. 105.

“forman el mejor código de caridad que ha emanado de los gobernantes civiles de todas las épocas de la Historia” (56).

Julio II (1503-1513), en su Bula “Universalis”, de 28 de julio de 1508, a la par que concede el derecho de presentación para las dignidades eclesiásticas de los territorios descubiertos a los monarcas españoles, hace un elogio de ellos porque “han penetrado el Océano y han llevado el saludable estandarte de la Cruz a tierras desconocidas” (57).

León X (1513-1521), en la Bula de erección del Obispado de Puebla de los Angeles, en Méjico, de 13 de octubre de 1521, se felicita porque “sus habitantes y aborígenes son capaces para la cultura y la civilización” y por la facilidad con que se “adhieren a nuestra ortodoxa fe y abrazan con gusto sus costumbres y preceptos” (58).

Adriano VI (1522-1523), el Papa de “vida inmaculada”, según Luis Vives, en la Bula “Dum intra”, de 4 de mayo de 1523, rememora la hispanización de América planteada e iniciada por los Reyes Católicos. Y alaba los trabajos, gastos y sacrificios llevados a cabo para atraer “a gran número de infieles de las falaces tinieblas de los ídolos a la verdadera luz de la fe ortodoxa”. Asimismo, encomia la erección, en los territorios descubiertos, de “muchas iglesias metropolitanas catedralicias y otras, para gloria del nombre de Jesucristo” (59).

Paulo III (1534-1549), el Papa del Concilio de Trento, es el primero que figura en la época propiamente colonizadora. En su Bula de erección del Obispado de Oaxaca, en Méjico, de 20 de junio de 1535, reconoce el buen deseo del rey de España de “atraer a la verdadera luz a los vecinos de Oaxaca” (60).

Clemente VIII (1592-1605) señala la labor civilizadora de España en varias Bulas y Letras Apostólicas. Y no sólo por lo

(56) García y García de Castro, Rafael: “Los Apologistas españoles”. FAX, Madrid, 1935; pág. 214.

(57) Terradas: Obra citada; pág. 110.

(58) Terradas: Obra citada; pág. 111.

(59) Terradas: Obra citada; pág. 113.

(60) Terradas: Obra citada; pág. 116.

que respecta a la pura cristianización, sino también por el comprobado afán de los monarcas españoles en pro de la cultura profana en los nuevos pueblos. En la Bula "Æxcelsa divinae potentiae", dirigida al obispo de Manila, al clero y al pueblo de Filipinas, de 21 de marzo de 1592, justamente cien años después del descubrimiento de América, Clemente VIII asegura sin ambages: "El número de los países convertidos es, sin duda, inmenso; se ha logrado, en estos últimos tiempos, la conversión de toda aquella multitud de islas desparramadas por el Océano Pacífico; de ciertos países escondidos en lejanas regiones de Africa y Asia; de los países situados en tierras de Nueva España, América, Brasil, Perú y todas las inmensas tierras adyacentes" (61).

Urbano VIII (1623-1644), en una Bula de 5 de febrero de 1632, da por sentado que el monarca español —Felipe IV— "por la defensa y propagación de la misma fe católica en otras regiones se ha visto impelido a hacer tan inmensos gastos, y aun hoy día los hace, que ha agotado no sólo las rentas ordinarias y extraordinarias de sus reinos, pero aun casi los mismos tesoros de dichos reinos..." (62).

Pío IX (1846-1878), el Papa de la Inmaculada Concepción, por cuyo pontificado doloroso pasó a la Historia con el sobrenombre de "Cruce de Cruce", es el primero que figura en la obra de Terradas como perteneciente a la época posterior a la desmembración de América. Pío IX tiene para España palabras de singular hermosura. Al contestar al obispo de Avila, que le visitaba al frente de una peregrinación española, el gran Papa del Vaticano I afirma que España "ha procurado llevar la civilización cristiana a todas las naciones del globo", y no se recata en decir —en perfecta coincidencia con los pensadores hispánicos— que "España fue grande en los pasados tiempos, porque fundaba su grandeza en propagar la religión cristiana, servirla y defenderla y hacer para conseguirlo toda clase de sacrificios" (63).

(61) Terradas: Obra citada; pág. 119.

(62) Terradas: Obra citada; pág. 124.

(63) Terradas: Obra citada; pág. 126.

León XIII (1878-1903) habló y escribió mucho y siempre bien de la obra de España en América. Pero el 16 de julio de 1892, para conmemorar precisamente el IV Centenario del descubrimiento, publica su encíclica "Quarto abeunte saeculo", documento que copia íntegro Terradas por su excepcional importancia. Desde el principio hasta el fin es un canto a la religiosidad de Colón y de los Reyes Católicos, porque el móvil que les indujo a realizar esta gesta "fue la propagación del Evangelio por nuevas tierras y nuevos mares" (64).

San Pío X (1903-1914), tras oír el discurso de Monseñor Jara, que presidía una peregrinación hispanoamericana que llegó al Vaticano el 22 de noviembre de 1908, se congratula de que los países sudamericanos manifiesten la gratitud y el afecto que deben a España, por haberles "dado su fe, su lengua y cristiana civilización" (65).

Pío XI (1922-1939) recibió en 1923 la visita de don Alfonso XIII, quien le saludó en nombre de la nación española. El Vicario de Cristo, al contestarle, hizo un espléndido resumen del sentido religioso de la Historia de España, destacando "la maravillosa epopeya de aquellas navegaciones que tan vastos campos de benéficas y pacíficas conquistas abrían a la fe católica en el Nuevo Mundo y muchas partes del mundo viejo" (66).

Pío XII (1939-1958) es denominado por Terradas, con toda razón, Papa de la Hispanidad. De él emanaron hasta 129 textos acerca del "espíritu universal y católico" de la gran "epopeya misionera". Alguien ha dicho que la calumnia entra como ingrediente necesario en toda gloria verdadera. No lo olvidemos. Pío XII, el más infatigable debelador de las calumnias que el mito de la leyenda negra arrojara contra España, ha sido uno de los Pontífices más calumniados de la Historia...

El, a pesar de las calumnias y arremetiendo contra ellas, no cesó en reconocer y en proclamar "la epopeya gigante con que

(64) Terradas: Obra citada; pág. 130.

(65) Terradas: Obra citada; pág. 138.

(66) Terradas: Obra citada; pág. 140.

España rompió los viejos límites del mundo conocido, descubrió un continente nuevo y le evangelizó para Cristo" (67). Amor con amor se paga. En justa reciprocidad, nosotros no podemos ser remisos en pregonar, ante el mundo, que no obstante las calumnias que han pretendido manchar la memoria del Pastor Angélico, nunca la Catedral de Pedro rayó a tal altura como en los tiempos de Pío XII, ese gran paladín de la verdad, llamado por Juan XXIII "Doctor óptimo, luz de la santa Iglesia, amante de la Ley Divina" (68) y por Pablo VI "gran figura, grande como hombre y grande como Pontífice" (69).

Juan XXIII (1958-1963), en varios radiomensajes y discursos, persiste en los puntos de vista expuestos por su glorioso antecesor. Unas veces, insistirá en la devoción a María "que alentó el celo de los primeros misioneros españoles". Otras, dirigiéndose a pueblos hispanoamericanos, se hará lenguas de "aquella fe que os trajeron heroicos misioneros de la católica España". En una alocución dirigida a obreros españoles que le visitaron el 12 de noviembre de 1961, Juan XXIII afirmó: "Estamos seguros de que España, que ayer tuvo intérpretes tan autorizados del derecho natural en Suárez y Vitoria, y que supo plasmar doctrinas sociales tan acertadas en las Leyes de Indias, continuará siempre el camino de su grandeza..." (70).

Pablo VI (1963-?) escribía el 4 de abril de 1965 una carta con motivo del XV aniversario de la OESHA. En ella declara: "Esas maravillosas gestas del catolicismo español exige una ulterior continuidad de esfuerzos." En 1964 se celebró en León el VI Congreso Eucarístico Nacional. Como Legado Pontificio vino a España el Cardenal peruano Landázuri. En su saludo inicial al pueblo español y tras manifestar los motivos que el Papa tuvo para delegar en él su augusta representación, advirtió: "... piensen que S. S. ha tenido presente la obra misio-

(67) Terradas: Obra citada; pág. 215.

(68) "Ecclesia" de 23-12-59.

(69) "Ecclesia" de 12-3-1964.

(70) Terradas: Obra citada; pág. 344.

nera, verdaderamente admirable, que España inmortal realizó en la naciente América, al llevar allí la Cruz de Cristo. El Padre Santo permite que hoy venga como Legado suyo a esta España, madre de pueblos, fundadora de cristiandades, para proclamar muy alto los éxitos de sus empresas misioneras, no con los méritos de mi persona, sino con el testimonio de una fe que se mantiene firme para alzar, a ambos lados del Atlántico, un mismo canto de amor a Dios en el Sacramento de la Eucaristía" (71).

Es más. Al sobrevolar Pablo VI territorio español, tanto en el viaje de ida como de regreso, con motivo de su visita a Colombia, envió sendos mensajes al Jefe del Estado. En el de ida, anuncia que va a entrar en contacto con tierra americana, "donde España dejó en preciosa herencia su fe y su cultura" (72). En el regreso, comenta emocionado que ha "adorado a Jesucristo en la hermosa lengua que España transmitió a tantos países, a cuyas iglesias sigue prestando la colaboración generosa..." (73).

IV

Ahora bien; ¿cuál es la génesis de este ideal de fraternidad hispánica? ¿Cómo se forjó su contextura universalista y ecuménica, nervio del sentido religioso de la Historia de España? ¿Por qué cauces y a través de qué avatares históricos se llegó a la "profunda y esencial identidad" (74) que García Morente ve y señala entre la nación española y la religión católica?

Apuntemos siquiera los jalones fundamentales.

1.º San Pablo, en su Epístola a los Romanos, les anuncia: "Cuando emprenda mi viaje para España, espero al pasar visitaros y ser encaminado por vosotros a aquella tierra, después de haber gozado algún tanto de vuestra compañía" (75).

(71) "Eco de Canarias", 4-7-64.

(72) "ABC", 28-8-68.

(73) "ABC", 27-8-68.

(74) García Morente: Obra citada; pág. 217.

(75) San Pablo: Epíst. a los Romanos, XV, 24.

Vino, efectivamente, San Pablo a España por los años 63-64. Y tras su predicación, quizá roturadora de un terreno completamente virgen, llegaron los siete varones apostólicos, hacia el 64-65, enviados por San Pedro, el primer Papa de la Cristianidad. España, de punta a punta, recibía gozosa la buena nueva. Su suelo, incluso, comenzó a teñirse de sangre martirial, causa y razón, como siempre, de crecidas hornadas de cristianos militantes.

2.º El siglo iv es mundialmente hispánico. Hubo en él, como registra García Villada, tres acontecimientos de trascendencia universal, en los cuales intervino España de forma decisiva. Y los marcó, evidentemente, con su impronta indeleble: A) La conversión del Emperador Constantino al catolicismo, por obra de la gracia, sí, pero que escogió como instrumento suyo a Osio, obispo de Córdoba. B) El Concilio de Nicea, el primero de los Ecuménicos, que condenó el arrianismo y que, presidido por Osio, proclamó la fórmula del "Credo". C) La promulgación del Código Teodosiano que, al constituir la unidad religiosa, declara fuera de la ley a las sectas heréticas.

Lo sé, lo sé muy bien. Hoy Constantino no goza de buena prensa. El desatado turbión del progresismo querría, al igual que Costa el sepulcro del Cid, cerrar con siete llaves la "desprestigiada" era constantiniana. Vano empeño. Tendrá que pasar, como pasaron otros, este sarampión de estupidez que padecemos. Y una vez más tendremos que repetir: obras son amores... Constantino —y así lo ha reconocido siempre Roma— cumplió como buen soldado de Cristo. ¿Quién, sino él, concedió la libertad a la Iglesia, que vivía entre persecuciones, aherrojada en las catacumbas como cualquier fiera alimaña? El hijo de Santa Elena —quíerose o no reconocerlo— otorga a la Iglesia, por vez primera, la triple libertad indispensable para su desarrollo: personal, económica y de acción. Y mientras procuró, con actos de caridad, atraerse a los gentiles, no dudó en fustigar a las sectas heréticas, origen siempre de discordias y sediciones (76). Pues

(76) Solá, Juan María: "Política de Dios y gobierno de Cristo". Gregorio del Amo, Madrid, 1913.

bien; un eminente español, Osio, fue su mejor y más avezado consejero.

Tediosio el Grande, español, y el Papa San Dámaso, también español, llevaron a feliz término la obra comenzada por Constantino. Ambos, en estrecha amistad y colaboración, constituyeron la verdadera unión de las potestades civil y eclesiástica. Y, conjuntamente, remataron "el final de la evolución del Imperio romano enteramente cristianizado" (77).

Tampoco se nos esconde que hablar hoy de unidad religiosa es exponerse al ridículo, si no a las iras y violencias del progresismo demoleedor. Por tales intrincados y falsos vericuetos andan ahora las ideas, que la advertencia de San Pablo jamás ha cobrado, como en nuestros días, tan trágica vigencia: "... tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos" (78).

Sepamos que, frente a los alegatos de esta caterva de falsos doctores, la unidad católica es un bien. Y que, como nos enseñó Pablo VI, "será siempre un don de orden y calidad superior para la promoción social, civil y espiritual del país" (79).

Hemos dicho que el siglo IV está marcado con la impronta hispánica. Español es —y de este siglo— Aurelio Prudencio Clemente, poeta universal, inspirado cantor de las más altas proezas cristianas. Algunas de sus odas, llenas de unción religiosa, fueron incluidas por la Iglesia en su liturgia (80). Menéndez y Pelayo, en su discurso de entrada en la Real Academia Española,

(77) Llorca-García Villoslada-Montalbán: "Historia de la Iglesia". B. A. C., Madrid, 1953. Tomo I; pág. 433.

(78) San Pablo: Segunda Ep. a Timoteo, IV, 3.

(79) Pablo VI: Radiomensaje de clausura al Congreso Eucarístico Nacional de León de 12 de julio de 1964. "Ecclesia" de 18 de julio del 64.

(80) Llorca-Villoslada-Montalbán: Obra citada; pág. 458.

dice: "Si hay poesía que levante y temple y vigorice el alma y la disponga para el martirio es aquélla" (81).

Es indudable que España dio a Roma figuras de relieve universal. Así lo han reconocido y lo reconocen aquellos estudiosos e intelectuales que, libres de prejuicios y de tópicos falaces, desentrañan la urdimbre de la Historia con ojos limpios y corazón transparente (82).

3.º Más de un siglo dura en España el período gótico-arriano (411-586). La fe de los españoles se purifica, en lucha denodada y sin tregua, con las persecuciones a que la someten los bárbaros dominadores. Providencialmente, se fortalecía para las grandes empresas universales que le estaban reservadas. Y fue precisamente la monarquía visigótica, asesorada por el Metropolitano de Sevilla, San Leandro, la forjadora de nuestra católica nacionalidad. El paso decisivo lo dio Recaredo. Al abjurar, en su nombre y en el de todos sus súbditos, la herejía arriana, el 8 de mayo del año 589, en el tercer Concilio toledano, cimienta felizmente el período gótico-católico (586-711), que duraría hasta la invasión de los árabes.

España es ya nación. Con rasgos peculiares, que irán acentuándose más y más en el futuro. Desde luego, con personalidad

(81) Menéndez y Pelayo: "Estudios de crítica literaria"; 1.ª serie; págs. 14-15.

(82) Respecto a la figura de Osio, escribe el español José Luis Mijares en su obra "Civilización Española" (Editora Nacional, Madrid, 1968; págs. 199-200): "El espíritu universal de Osio fue exactamente el mismo que el de Vitoria, mil doscientos años más tarde." En relación con las grandes figuras universales que España dio a Roma, el alemán Karl Vossler nos dice en su obra "Algunos caracteres de la cultura Española", ya citada: "Los talentos más variados y distintos —conquistadores como Trajano, gobernantes como Adriano y Marco Aurelio, pedagogos como Séneca, virtuosos de la palabra como Lucano, realistas exquisitos como Marcial, retóricos como Quintiliano— salen de este pueblo español para llegar a adquirir influencia universal. Lo que les une y guía es lo romano. Más tarde, lo romano-cristiano: Prudencio, Orosio, Isidoro. Todos se mueven en una atmósfera supranacional y muestran poco carácter nacional" (pág. 92).

bien definida. Todos los pensadores tradicionalistas que se han ocupado del proceso genético de nuestra nacionalidad han destacado, como su punto de arranque, la conversión de Recaredo.

Veamos, por vía de ejemplo, la opinión de algunos.

Para Menéndez y Pelayo "logróse esta unidad (de creencias) en el tercer Concilio Toledano, al tiempo que la gente hispano-romana estaba del todo concorde y extinguido ya casi el priscilianismo gallego". Y añade: "Apenas estuvieron unidos godos y españoles por el culto, comenzó rápidamente la fusión" (83).

Según García Villada, "la hechura de la unidad nacional tuvo lugar, como hemos indicado, bajo Leovigildo y Recaredo. Los Reyes Católicos no hicieron otra cosa sino unir el eslabón roto por fuerza mayor" (84). Y es el propio García Villada quien pregunta: "¿Y qué decir de aquel espectáculo, único en la Historia de la humanidad, ofrecido por Recaredo y por todo su pueblo, el 8 de mayo de 589, en que abjurando la herejía arriana, entran en el seno de la Catolicidad un rey con todos sus súbditos, constituyendo la unidad religiosa de España, que había de ser la base de la unidad civil?" (85).

Ramiro de Maeztu dejó escrito: "España empieza a ser al convertirse Recaredo a la religión católica." Y continúa: "Hasta que Recaredo no deparó el vínculo espiritual en que habían de juntarse el Gobierno y el pueblo de España, aquí no había más que pueblos más o menos romanizados y sujetos a un Gobierno godo, al que tenían que considerar como extranjero y enemigo" (86).

Manuel Siurot, figura hoy casi olvidada, pero digno de contarse entre los más conspicuos paladines de la Hispanidad, en su obra *La emoción de España*, escribió: "Un día de primavera del año 586, Recaredo abjura sus errores arrianos, y, hecha la uni-

(83) Menéndez y Pelayo: "Historia de los Heterodoxos". Tomo I; págs. 344-345.

(84) García Villada: Obra citada; pág. 88.

(85) García Villada: Obra citada; págs. 65-66.

(86) Ramiro de Maeztu: Obra citada; pág. 236.

dad religiosa, se prepara la fusión de la gran patria, que tuvo también su primavera en aquel alborear de los espíritus, florecientes de patriotismo, en las famosas sesiones del tercer Concilio toledano..." (87).

García Morente expresa idéntica convicción: "... el empuje decisivo hacia la formación de la nación española lo dieron la monarquía visigótica y, sobre todo, la religión cristiana" (88).

4.º El año 711 España es invadida por los árabes, que la someten fácilmente. Pero ya, en el 718, don Pelayo, en las abruptas breñas asturianas, bajo el signo de la Cruz y con la invocación a María, Virgen de Covadonga, inicia la Reconquista, a la que pondrán fin los Reyes Católicos, en 1492, con la toma y anexión del reino de Granada. Son ocho siglos de duro combate. El ideal hispánico, a medida que la lucha arrecia, se tonifica, se vigoriza y robustece.

Sólo el ideal religioso sostuvo la entereza del pueblo español. Así lo reconoce Menéndez Pidal, cuando en su obra *Los españoles en la Historia*, afirma contundentemente: "El libre y puro espíritu religioso salvado en el Norte fue el que dio aliento y sentido nacional a la Reconquista. Sin él, sin su poderosa firmeza, España hubiera desesperado de la resistencia y se habría desnacionalizado, y habría llegado a islamizarse como todas las otras provincias del imperio romano al este y sur del Mediterráneo" (89).

Digamos también con el P. Monsegú: "Si la España mozárabe no quedó absorbida por la ola musulmana que la envolvía lo debió al tesón con que se mantuvo firme en la fe, velando por el sagrado depósito, no transigiendo en lo doctrinal ni acatando siquiera el poder que la tenía sojuzgada" (90).

(87) Siurot, Manuel: "La emoción de España". Madrid, 1927; página 393.

(88) García Morente: Obra citada; pág. 209.

(89) Menéndez Pidal, Ramón: "Los Españoles en la Historia". Austral, 1951; pág. 56.

(90) Monsegú: Obra citada; pág. 138.

Durante este largo período, la Historia de España está llena de personajes representativos, que cobran valor legendario y universal precisamente por su contextura psicológica netamente hispánica: el Cid Campeador y San Fernando, Alfonso X el Sabio y Guzmán el Bueno, San Raimundo de Peñafort y el Beato Raimundo Lulio... (91).

Se constituyen las Ordenes Militares de Calatrava (1164), de Alcántara (1177) y de Santiago (1175), prontas a defender la fe amenazada por los infieles y a dar pábulo al espíritu caballeresco, incardinado, desde entonces, a la tipología del español... Así, el caballero cristiano, fruto sazonado de la España hidalga, es descrito por García Morente como "paladín defensor de una causa, deshacedor de entuertos e injusticias, que va por el mundo sometiendo toda realidad —cosas y personas— al imperativo de unos valores supremos, absolutos, incondicionales" (92). Según Ballesteros Beretta, en su obra *Figuras imperiales*, el honor es un "precioso legado caballeresco de la Edad Media, que ha sido y es el imperativo categórico de nuestra Historia" (93). Y nuevamente Karl Vossler, además de afirmar que es gloria de España el haber establecido y realizado un nuevo tipo de hu-

(91) Raimundo Lulio es el primer polígrafo de su época. Su enorme saber enciclopédico, unido a una fe combativa, llena de ardor y celo, le llevaron a ser un incansable misionero de la cultura cristiana. Murió lapidado en Bugía, mártir de la esperanza, virtud a la que siempre estuvo abrazado. San Raimundo de Peñafort, penitenciario del Papa Gregorio IX, fue encargado por éste de la reforma del derecho canónico y de la redacción de las nuevas "Decretalia". Por invitación suya, Santo Tomás de Aquino escribió la "Suma contra los gentiles". Fue padre y fundador de la Orden de la Merced. Aún se le denomina príncipe de los canonistas. Murió San Raimundo de Peñafort, después de una vida entregada al servicio de la Iglesia Romana, el 6 de enero de 1275. A sus funerales acudieron, rindiendo pleitesía al santo y al sabio que dejaba este mundo, Jaime I de Aragón y Alfonso X el Sabio de Castilla.

(92) García Morente: Obra citada; pág. 61.

(93) Ballesteros Beretta, Antonio: "Figuras Imperiales". Austral, 1961. Segunda edición; pág. 96.

manidad, creando el carácter aristocrático del gran señor (94) asegura que allí "donde no resplandece el honor, no puede sonar tampoco ningún buen verso español" (95). No exagera, no, Menéndez y Pelayo cuando dice: "Hoy es el día en que los mismos salvajes de Araúco se llaman entre sí caballeros, cosa que aprendieron de nuestros caballeros antepasados" (96).

¿Y qué juicio hemos de dar de la máxima gloria hispánica de este período, cuyos contornos se pierden en la universalidad, Santo Domingo de Guzmán? Fundador de la Orden de Predicadores, sus hijos, los dominicos, fueron llamados por Honorio III "defensores de la fe y verdaderas lumbreras del mundo" (97). Madre fecunda de teólogos, la Orden dominicana tiene el honor de haber contado entre sus miembros al más excelso de todos los siglos: Santo Tomás de Aquino.

5.º Desde 1492 hasta el año 1700, aproximadamente, el ideal religioso de la Hispanidad se afirma y expande, a la vez, por el mundo mediante una política de signo universal. "Un nuevo imperio —escribe Menéndez Pidal— se levanta en España, después de tres siglos y medio de olvidado el imperio medieval. No es ya un imperio intrapeninsular, de mera reconstrucción del reino godo, como el de los Alfonsos III, IV y VII; es un imperio mundial, fundado en las ideas universalistas de la filosofía de la Historia concebida por el gran padre de la Iglesia, el obispo de Hipona; un imperio de la Edad Moderna, que deja atrás al medieval imperio romano-germánico" (98).

Los fines de la política española se unifican con los ob-

(94) Vossler, Karl: "Algunos caracteres de la cultura española", ya citada; pág. 120.

(95) Vossler, Karl: "Escritores y poetas de España". Austral, 1944; pág. 8.

(96) Menéndez y Pelayo, Marcelino: "Historia de España", seleccionada por Jorge Vigón. FAX, Madrid, 1934; pág. 103.

(97) Getino: "Santo Domingo de Guzmán". Biblioteca Nueva, Madrid, 1939; pág. 217.

(98) Menéndez Pidal, Ramón: "Los Reyes Católicos y otros estudios". Austral, 1962; pág. 41.

jetivos mediatos e inmediatos de la Cristiandad. "Fue España —vuelve a escribir Menéndez Pidal— la única que, prolongando su inveterada decisión medieval, identificó sus propios fines nacionales con los fines universalistas de la Cristiandad, tomando éstos como propios a partir de Fernando el Católico, quien, como dijo Gracián, "supo juntar la tierra con el cielo" (99).

La Iglesia y el Estado español, en conjunción armónica, comienzan la que hemos llamado, con palabra pontificia, epopeya misionera. Como hace notar el historiador Fernando de Armas Medina, "rasgo sobresaliente, que imprime carácter a la historia virreinal del continente americano, es la existencia de una estrecha unión entre los dos poderes, civil y eclesiástico" (100). Para Alexander Randa, la hispanización de América fue, en realidad, "la última y la más grande de las Cruzadas" (101).

Sí; la estrecha unión de ambos poderes dará la tónica a los acontecimientos cimeros que agigantan la Historia de España en estos trescientos años reventones de espigas dobles. Desde nuestros místicos hasta nuestros guerreros, España es un pueblo de teólogos que proyecta su amplio y profundo saber en la cultura del mundo entero. Concebimos la vida, en buen sentido teológico, como una lucha permanente, sin mitigación ni asueto alguno. Hasta en Fray Luis de León, el príncipe de nuestros líricos, es frecuente "la concepción y representación de la actitud humana como la de un guerrero, como el deber de un soldado" (102). Y aun el género teatral más español, porque es exclusivo de España, los desprestigiados y hoy reivindicados Autos Sacramentales, guardan un añejo sabor de actitud polémica y

(99) Menéndez Pidal, Ramón: "Los españoles en la Historia", Austral, 1959; pág. 57.

(100) Armas Medina, Fernando de: "Iglesia y Estado en las misiones americanas". Separata número 6 de la "Revista de Estudios Americanos", Sevilla, 1950.

(101) Randa, Alexander: "El Imperio Mundial". Caralt, editor. Barcelona, 1967; pág. 18.

(102) Vossler, Karl: "Fray Luis de León". Austral. Tercera edición, 1960; pág. 80.

belicista. Su representación era una faceta más del combate español contra la disolvente herejía protestante; nunca simple pasatiempo intrascendente. Como afirma Vossler, servían, de una manera declarada, los fines de la Contrarreforma (103).

Día tras día, la idea imperial de Carlos V, iniciada por Isabel y Fernando, toma silueta más clara y precisa en la conciencia española. Para Menéndez Pidal, "Carlos V fue el político que más sincera y firmemente creyó en la unidad europea, en esos Estados Unidos de Europa que hoy tan ansiosamente se desean y que no son, probablemente, una quimera" (104). Triunfamos en Trento (1545-1563) con las esclarecidas mentes de Soto, de Cano, de Laínez, de Salmerón... Triunfamos en Lepanto (1571) y libramos a Europa de la pesadilla turca con una triple escuadra al mando de don Juan de Austria. La ciencia, la literatura y las artes españolas, con personalidad propia, alcanzan inigualado esplendor y se pasean triunfalmente por todos los rincones del mundo conocido (105). Mientras la herejía luterana desgaja naciones enteras del tronco de Roma, Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús, milicia al servicio del Papa, que refuerza la cohesión interna de la Iglesia con especiales reglas y votos de obediencia al Pontificado. Ignacio, como afirma Vossler, es el gran antagonista del protestantismo y sig-

(103) Vossler, Karl: "Algunos caracteres de la cultura española", ya citada; pág. 105.

(104) Menéndez Pidal, Ramón: "Idea Imperial de Carlos V". Austral. Quinta edición, 1963; pág. 33.

(105) Según Maurice Legendre en su "Semblanza de España", ya citada, "España es, en el terreno del arte, así como en los demás terrenos, país de precursores (somos un pueblo de profetas, decía Joaquín Costa), y un país de largos períodos de amodorramiento (o, lo que es casi igual, de imitación descompasada); a la luz de estos contrastes que nos parecen desconcertantes, permanece España siendo eternamente la misma, siempre dispuesta a producir de repente una magnífica obra maestra, surgida de su naturaleza, del "espíritu de la tierra", en el cielo profundo de su catolicismo" (pág. 190).

nifica militarismo espiritual (106). Para René Fülöp-Miller, “la Orden de los jesuitas, de Ignacio, fue la primera organización verdaderamente moderna” (107). Es también ésta la opinión de Menéndez Pidal. Por eso escribe: “San Ignacio, velando sus armas devotas en Montserrat, da vida a la metafórica concepción de la *caballería espiritual*, grata a la Edad Media, a la vez que innova el concepto del ascetismo fundando la gran Orden religiosa de los tiempos modernos” (108).

Las islas Canarias habían sido incorporadas a la corona de Castilla en tiempos de los Reyes Católicos. Con esta gesta se cubría la primera etapa del paso decisivo hacia América. Muy pronto, veinte naciones americanas se vinieron a enriquecer con nuestra sangre, con nuestra lengua, con nuestro patrimonio cultural y con nuestra sacrosanta religión. Filipinas nos pertenece. Y hasta en el espíritu impaciente de Javier, símbolo permanente de la expansión misional hispánica, llegamos hasta la India y el Japón para predicar a Cristo... (109).

(106) Vossler, Karl: “Algunos caracteres de la cultura española”, ya citada; pág. 106.

(107) Fülöp-Miller, René: “Ignacio, el santo de la voluntad de poder”. Austral, 1960; pág. 132.

(108) Menéndez Pidal, Ramón: “Los españoles en la Historia”, ya citada; pág. 43.

(109) Ballesteros Beretta, en su obra “Figuras imperiales”, ya citada, escribe: “Al cabo de quinientos años, España madre puede contemplar gozosa el fruto de su siembra. En aquellas distantes y dilatadas tierras que halló el iluminado genovés bajo la égida de los Reyes españoles, señalados por la mano de Dios para la hazaña y memoria, existen hoy naciones libres, prósperas y vitales que entonan, en una potente voz única y una misma lengua fecunda, el himno glorioso del inmortal destino de la Hispanidad” (pág. 153). Menéndez Pidal, en su conferencia “La moral en la conquista del Perú”, citada en la nota 33, reconoce que la obra de España en América “es una empresa de las más grandes que los hombres han realizado en todos los tiempos” y asegura que esta colosal aventura “tenía, por cima de su fin político expansivo, un fin religioso-cultural: el incorporar los indios a la cristiandad europea; así que esta alta misión que España quería realizar en las tierras recién descubiertas fue desde su comienzo dirigida y vigilada por un deseo de le-

España entera (Iglesia, Estado y Pueblo) vive convencida —y esto es lo importante y decisivo— de que tiene señalado un cidentes, una vez más, nuestros pensadores tradicionalistas dan cidentes, una vez más, nuestros pensadores tradicionalistas dan elocuente testimonio de ello.

Donoso Cortés, en pleno Parlamento español, decía: “Yo creo, señores, y lo creo con envanecimiento, que ha habido en la tierra dos pueblos que han sido elegidos y predestinados: el pueblo judío y el pueblo español.” Y proseguía: “El pueblo judío fue el representante en la antigüedad de esta idea religiosa, de la unidad, de la espiritualidad de Dios entre los demás pueblos idólatras y materialistas; el pueblo español ha sido el representante del catolicismo entre los pueblos protestantes. El pueblo judío derramó su sangre por su fe en el Asia, y el pueblo español en las regiones de Europa y en el continente americano” (110).

Aparisi y Guijarro escribió: “...jamás pueblo, ni jamás reyes tuvieron un más grande encargo providencial, o sobre sí una tan

galidad y moralidad en la intervención de los españoles allá, cosa inaudita en otros países colonizadores” (pág. 19). Alexander Randa, en su citada obra “El Imperio del mundo”, alaba el adelanto social de las Leyes de Indias, que ya prescribían la jornada de ocho horas para los nativos, y pone de relieve cómo en el Nuevo Mundo “se operaba, a la vez que un intercambio cultural europeo, un proceso de mezcla de culturas americanas” (pág. 122). Un ilustre nicaragüense, Pablo Antonio Cuadra, escribía en su conocido “Breviario Imperial” frases como ésta: “Una misma lengua enlaza los pensamientos en la hermandad de los labios. Una misma religión proclama un único Dios, y es la misma oración la que, como un meridiano tendido, lanza hacia la Cruz de Cristo la saeta del alma” (Cultura Española, 1940; Madrid; pág. 29). José Vasconcelos, el filósofo mejicano, en “La raza cósmica”, dio un grito de alerta para la meditación: “Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como lo hijos de España” (Austral, 1948; pág. 19).

(110) Donoso Cortés: “Obras Completas de la B. A. C.”, ya citada. Tomo II; pág. 27.

colosal y magnánima empresa como los reyes españoles y el pueblo español en el siglo XVI" (111).

Y García Villada: "Esta persuasión de haber sido el pueblo escogido por Dios para el mantenimiento del catolicismo en Europa y para su implantación en los países nuevamente descubiertos, conservó a todas las regiones españolas unidas en apretado haz" (112).

Y Menéndez y Pelayo: "Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios" (113).

Y Ramiro de Maeztu: "Nuestro honor fue abrazarnos a la Cruz y a Europa, al Occidente, e identificar nuestro ser con nuestro ideal" (114).

Y García Morente: "En cierto modo, el pueblo español se considera a sí mismo —conscientemente en algunas almas, inconscientemente en el resto de ellas— como pueblo no diré elegido, pero sí especialmente llamado por Dios a la vocación religiosa de conquistar la gloria para sí y para los demás hombres" (115).

Y el Cardenal Gomá: "¡Excelsos destinos los de España en la Historia, señores!" (116).

Y nuestro querido y siempre admirado Eugenio Vegas: "La providencia parece haber reservado al mundo hispánico una sobrenatural misión a realizar. España y América aún pueden volver a ser protagonistas de la Historia Universal..." (117).

Y Vázquez de Mella: "Hay que enorgullecerse de España,

(111) Aparisi y Guijarro, Antonio: "Obras", ya citadas. Tomo III; pág. 391.

(112) García Villada, Zacarías: Obra citada; pág. 193.

(113) Menéndez y Pelayo, Marcelino: "Historia de los heterodoxos", ya citada. Tomo V; pág. 399.

(114) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 23.

(115) García Morente, Manuel: Obra citada; pág. 251.

(116) Gomá y Tomás, Isidro: Obra citada; pág. 13.

(117) Vegas Latapie, Eugenio: Citado por Pablo Antonio Cuadra en su "Breviario Imperial", reseñado en la nota 109; pág. 186.

porque España ha sido una nación creadora; y hay que recordárselo a esta generación, que no lo sabe; pues mientras otros pueblos fundaban colonias y factorías, España sembró naciones que llevan su sello y aún conservan su espíritu, reconociéndose hijas suyas" (118).

V

Mientras en España se mantuvo firme, erguido, el ideal religioso, base y fundamento de su unidad nacional, nuestras empresas fueron luminosas, trascendentes. Tuvieron resonancia ecuménica. Por mirar a Dios no olvidaron, no, el deber en la tierra. Nuestros místicos fueron siempre, a la par que contemplativos, santos de acción (119). Pero a medida que este ideal religioso

(118) Vázquez de Mella, Juan: "Obras Completas", ya citadas. Tomo XXI; págs. 269-270.

(119) Nuestros autores místicos del Siglo de Oro siguen aún insuperados en todas las latitudes. Y su influencia es tal en nuestros días, que los modernos tratadistas de espiritualidad más conspicuos siguen continuamente sus pasos. Así, Edith Stein, la famosa profesora alemana que fue asesinada por los nazis en Auschwitz por medio de gases, confiesa que su conversión al catolicismo fue originada por la lectura ininterrumpida de la vida de Santa Teresa de Jesús, contada por ella misma. Su grandiosa obra "La Ciencia de la Cruz" es una exposición, original y profunda, del pensamiento de San Juan de la Cruz, de quien no se puede prescindir cuando se trate "de encontrar solución a los problemas de la mística detro del catolicismo". (Véase "La Ciencia de la Cruz", en Ediciones Dinor de San Sebastián, 1958; pág. 65.) Thomas Merton, el trapense norteamericano, cuyas obras de espiritualidad recorren, con éxito, el mundo, dedica buena parte de ellas al estudio de San Juan de la Cruz en sus diversas facetas. "Su doctrina —dice— es profunda, pero es asimismo muy sencilla; sobre todo es sana. El santo exhibe una sabiduría nacida del equilibrio natural y de la experiencia sobrenatural." (Véase "Ascensos a la Verdad", en Edit. Sudamericana de Buenos Aires, 1958; págs. 167-168.) René Fülöp Miller, en su obra "Teresa de Avila", manifiesta que desde hace cerca de cuatro siglos Teresa de Jesús ha sido amada y admirada por los lectores de los más diversos países (pág. 132). Y añade: "La penetración del análisis de sí mismo asombra a los psicó-

se fue debilitando, dejamos de creer en nuestros propios valores, en nuestra propia Historia, para arrodillarnos, boquiabiertos, ante simples y desmedradas historietas ajenas... Con honda tristeza hubo de registrar Ramiro de Maeztu que "hace doscientos años que el alma se nos va en querer ser lo que no somos, en vez de ser nosotros mismos..." (120).

No es un español —es un francés, Bertrand— quien escribió el siguiente significativo texto: "Bajo la influencia extranjera, y en particular francesa, perdió el alma española su unidad moral y aun su unidad intelectual, que en el reino del arte y en el del pensamiento habían creado obras sin par. Ideas exóticas la combaten, ideas que serán el fermento de las próximas revoluciones, que conmoverán durante todo el siglo XIX y los tiempos actuales a la Península Ibérica" (121).

Es decir, la debilitación del espíritu religioso trajo consigo la depauperación del espíritu nacional, que se desvía por cauces peligrosos. Y como dice García Villada, se llega a la decapitación de nuestra historia. Nuestro universalismo, creador con Vitoria del Derecho Internacional, se trueca, poco a poco, en particularismo rencilloso y oportunista. Perdimos, en la maraña intrincada de las ideas dieciochescas, el ideal de fraternidad ecuménica, médula y nervio de nuestros quehaceres y preocupaciones. Llegamos al masoquismo de propagar a costa nuestra los mitos creados por la leyenda negra. Como ha escrito Sáinz Rodríguez en su *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, "aquel hura-

logos modernos e indujo al gran filósofo danés Harolfo Hoeffler a colocar a Santa Teresa entre los fundadores de la psicología actual". (Véase "Teresa de Avila", en Colec. Austral, tercera edición, 1964; pág. 134.) Este mismo autor, en su estudio sobre San Ignacio (véase nota 107), estima que el fundador de la Compañía de Jesús fue un experto psicólogo, "para quien no tenían ningún secreto los más hondos abismos del alma humana y quien, cuatrocientos años antes de Freud, había comprendido el anhelo dual del hombre de ser libre y, al mismo tiempo, de serle *permitido* obedecer" (pág. 132).

(120) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 26.

(121) García Villada: Obra citada; pág. 197.

cán de escepticismo y crítica que azotó las conciencias todas del siglo XVIII tiene sus manifestaciones más genuinas en la serie de ataques contra el catolicismo y la tradición de la Iglesia. Y España, la nación que había hecho del triunfo de la religión católica uno de sus ideales básicos, es objeto de una serie de ataques, y por las necesidades de la polémica, su atraso y decadencia son utilizados como argumento para demostrar el pernicioso influjo del catolicismo en la civilización y en la vida de los pueblos. Este es el ambiente de la cultura europea con respecto a España durante el siglo XVIII" (122).

El ideal, roto, no fue substituido por nada bueno. No olvidemos que la culpa contraria a la virtud de la caridad es la envidia. Al periclitar una determinada virtud, asoma siempre el vicio de signo opuesto. Pronto empezamos nosotros a entristecernos de los bienes ajenos porque cometimos el gran pecado de

(122) Sáinz Rodríguez, Pedro: "Evolución de las ideas sobre la decadencia española". Rialp, Madrid, 1962; pág. 100. Es de advertir que el pensamiento tradicional hispánico no se extinguió, ni mucho menos, en el siglo XVIII, como pudiera parecer dada la orquestación realizada en favor de todo cuanto supuso ruptura con la tradición. El docto catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Santiago, Francisco Puy, ha publicado un interesante y extenso libro acerca de "El pensamiento tradicional en la España del siglo XVIII", en el que recoge, con profusión bibliográfica, aquellas obras y autores que, no obstante tantas deslealtades y traiciones de que estaban rodeados, mantuvieron encendida la antorcha de nuestra verdad española (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966). También hemos de decir que, después del año 1700 y en plena decadencia hispánica, hubo momentos en que el ideal, espoleado por motivos religiosos, revivió en toda su plenitud, con verdadero alarde demostrativo de la capacidad de sus enormes reservas espirituales. En 1808 se produce la reacción frente al fermento revolucionario que nos traía Napoleón Bonaparte, y la superposición de la idea religiosa a la vida política, como dice Menéndez Pidal, "vuelve a revestir el más alto significado en la guerra de la Independencia, a la que contribuyó poderosamente para darle coherencia y vigor". (Véase "Los españoles en la Historia", ya citada; pág. 59.) Lo mismo ocurre en el año 1936. La situación religiosa española, por obra de un Gobierno ateo, fue comparada por Pío XI, en su encíclica "Dilectissima Nobis", con la de la Iglesia mejicana, en la persecución de Plutarco Elías Calles, y con la

echar por la borda o de someter a pública almoneda los bienes propios. Qué bien captó Ramiro de Maeztu el hecho de que “querer ser otro es lo mismo que querer dejar de ser” (123). Por eso consagró su vida y ofreció su martirio a la defensa de la Hispanidad, concepto vivo de valor universal que es la esencia de nuestro ser. De nuestro ser, que es una aleación inseparable de lo católico y de lo español. Un cruce de lo genuinamente español y de lo genuinamente católico.

España y su obra, sin el espíritu católico que les infundió vida, no tienen posible explicación. La Historia de España, se ha dicho, en el más ambicioso sentido del vocablo, es Historia eclesiástica. Nuestros pensadores así lo reconocen, y aseguran, en consecuencia, que si algún día España dejara de ser católica, dejaría *ipso facto* de ser España. Y la experiencia diaria nos dice que en la misma medida que un español deja de ser católico pierde el amor a su patria. Salvamos siempre honrosas excepciones, que no hacen, al fin, más que confirmar la regla...

Y bien. García Villada, al abundar en esta idea, llega a la conclusión siguiente: “España, oficialmente católica, será también brazo del Universalismo y de la Catolicidad. España, atea o laica oficialmente, no será nada y se derrumbará” (124).

Vázquez de Mella, al interrogarse si sería posible prescindir en España del espíritu religioso, contesta admirativamente: “¡Si la tradición religiosa es la tradición fundamental de la sociedad española, si es imposible describir el conjunto de la Historia de España si se prescinde del principio religioso!” (125).

de Rusia, llevada hasta el exterminio por el dictador Stalin. Nuestro santo y sabio Cardenal Gomá definió la contienda del año 36 con las siguientes palabras: “Es la guerra que sostiene el espíritu cristiano y español contra este otro espíritu, si espíritu puede llamarse, que quisiera fundir todo lo humano, desde las cumbres del pensamiento a la pequeñez del vivir cotidiano, en el molde del materialismo marxista” (“Ha hablado la Iglesia”. Editorial Española. Burgos, 1937; pág. 66).

(123) Maeztu, Ramiro de: Obra citada; pág. 192.

(124) García Villada, Zacarías: Obra citada; pág. 224.

(125) Vázquez de Mella, Juan: “Obras Completas”, ya citadas. Tomo XXVII; pág. 258.

García Morente es aún más inflexible. Tras afirmar que “en nuestra España la nación y la religión son una y la misma cosa, una y la misma esencia, de tal suerte que dejar de ser católica equivaldría para España a dejar de ser hispánica” (126), asevera categóricamente: “Si fuera posible que España, alguna vez, dejase de ser católica, España habría dejado de ser España, y sobre el viejo solar de la Península vivirían otros hombres que ya no podrían, sin abuso, ser llamados españoles” (127).

Unos de una manera, otros de otra, todos vienen a corear aquellas impresionantes frases de don Marcelino en su sempiternamente joven epílogo de la *Historia de los heterodoxos españoles*: “España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de los herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévalos y de los Vectores, o de los reyes de Taifas” (128).

¡España, cuna de San Ignacio!

Tengo para mí que no existe personaje que mejor simbolice, ejemplarice y concrete el carácter caballeresco, universalista y religioso del acontecer hispánico que Ignacio de Loyola. Como ha escrito Friedrich Richter, su tarea constituye “una de las grandes hazañas de la Historia universal” (129).

Místico y activo al mismo tiempo, alma de intensa oración y de fertilísimo dinamismo a la vez, el don de lágrimas que Dios le concediera tan abundante no fue obstáculo, en absoluto, para que su mente, en frío y sistemático estudio, creara esa impresionante obra arquitectónica, las Constituciones, que revelan, en todo y por todo, un perfecto y acabado espíritu militar.

(126) García Morente, Manuel: Obra citada; pág. 218.

(127) García Morente, Manuel: Obra citada; pág. 263.

(128) Menéndez y Pelayo: “Obras Completas”, ya citadas. Tomo VI; pág. 508.

(129) Richter, Friedrich: “Martín Lutero e Ignacio de Loyola”. FAX. Madrid, 1956; pág. 68.

Por su "Diario Espiritual", Ignacio se nos manifiesta como un contemplativo de la talla de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús. Por sus Cartas sobre la obediencia y por la índole disciplinar que imprimió en el gobierno de la Compañía, se le puede parangonar a Hernán Cortés y a Gonzalo Fernández de Córdoba. Por su abierto europeísmo, que es universalidad, nos recuerda a Carlos V, el Emperador europeo que, adelantándose en siglos a las ideas actuales, ambicionó una Europa fraternalmente unida, sólo que no bajo el signo del mercado común, sino dentro del amoroso abrazo de la Cristiandad...

Lástima grande que hoy, sacudidos por vendavales de origen luterano, miembros de la propia Compañía de Jesús, contumaces seguidores de "extrañas y siniestras ideas", que han adoptado, según denuncia de Pablo VI, "las costumbres del mundo, su mentalidad, sus hábitos profanos", antipodas del aspecto ascético-místico que caracterizó siempre al gran Fundador, nos quieren dar de él y de su obra una versión deforme y caricaturesca, reverso grotesco y monstruoso de su verdadera configuración y fisonomía (130).

Ignacio es unidad y ensanchamiento, fortaleza custodiada y puente tendido, en ambición de ideales eternos, hacia el universo mundo. El dirige un llamamiento a cuantos estén dispuestos a vestir "la misma vestidura y librea de Cristo Nuestro Señor". Y, al filo cortante de sus palabras, se atisba un mohín de repugnancia y de desprecio para aquellos "perversos caballeros" que traicionan su juramento de fidelidad y abandonan una vocación a todas luces sobrehumana.

Creo que la convocación de Ignacio sigue en pie. Su bandera continúa tremolante. No ha sido arriada, a pesar de tantas perfidias y defecciones. ¿Cuál ha de ser, en esta hora de desconcierto, nuestra actitud? En el último informe de Carlos V ante los Estados de Flandes reunidos en Bruselas, el Emperador escri-

(130) Pablo VI: Discurso a la XXXI Congregación General de la Compañía de Jesús, el 16 de noviembre de 1966.

bía: "A nosotros nos incumbe hacer lo que podamos y dar gracias a Dios, incluso en la tribulación" (131).

En la tribulación estamos. Luchemos, pues, con todas nuestras fuerzas. Y demos, naturalmente, gracias, siempre gracias a Dios.

(131) Randa, Alexander: *Obra citada*; pág. 48.